

Los cambios en la participación política en la posmodernidad

Alejandro Favela y Miriam Calvillo*

A partir de una comparación de épocas entre modernidad y posmodernidad, se plantean las diferencias institucionales, organizacionales y de sujeto que articulan la participación política en esos dos momentos históricos. Se retoma y amplía el concepto *hombre modular*, de Ernest Gellner, armonizándolo con el de organizaciones civiles como las modalidades características definitorias en relación con la participación política en la posmodernidad. Se asume la pertinencia de la noción de posmodernidad, en tanto concepto cultural y de época, partiendo de la base de que las formas individuales y organizativas de la participación política están inmersas en la cultura política de las sociedades, al mismo tiempo que forman parte y contribuyen a definir un fenómeno de carácter cultural de mayor envergadura.

Palabras clave: modernidad, posmodernidad, participación política, sociedad civil.

*Kant, el fundador de la modernidad verdadera
y el primero que nos previno contra los delirios
de la dialéctica, que él llamaba, con razón,
la "filosofía de la ilusión".*

Octavio Paz

El discurso de la modernidad, parafraseando el famoso título de Jürgen Habermas, ha generado, para el caso de la participación política, metarrelatos sobre las formas de organización y sobre las modalidades que ésta debía adoptar. Teniendo como gran telón de fondo al Estado nacional,

* Profesores investigadores del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Correos electrónicos: faga@xanum.uam.mx y mcv56@yahoo.com

los escenarios podían cambiar, unas veces democráticos, las más de las veces no, pero, al menos a lo largo del siglo xx, los partidos políticos constituyeron la gran maquinaria de la participación política; partidos que han tenido las más diversas orientaciones ideológicas y las más variadas modalidades organizativas, lo que no impide su interacción a partir de un elemento común: el intento de conformar al ciudadano en un agente activo de la participación política,¹ sin que esto pueda significar que este ciudadano se haya convertido para sí mismo, en todos los casos, en un sujeto, aun y cuando sí haya sido un actor social, conforme la distinción que Touraine² ha señalado.

La nota distintiva que la posmodernidad ha generado, a pesar de lo controvertido que pueda resultar el concepto,³ es que, al menos en términos del tipo de sujetos sociales, sí existe una clara distinción entre aquellos que participaban en la política encuadrados en organizaciones de masas, partidos o sindicatos, equivalentes a los trabajadores de las grandes empresas, fueran éstas industriales o de servicios y el tipo de sujetos que en la posmodernidad intervienen en la política a través de muy diversas formas

¹ Para revisar las características de este recorrido histórico en su sentido más amplio, véase Rabasa Gamboa (1994).

² Son tres los textos en los que Alain Touraine ha abordado de manera sistemática esta definición del sujeto: *Crítica de la modernidad* (1995), *Igualdad y diversidad* (1998) y *A la búsqueda de sí mismo, diálogos sobre el sujeto* (2000).

³ Uno de los más serios cuestionamientos al término de posmodernidad ha partido de Anthony Giddens, el cual señaló: “posmodernismo, si existe de una manera convincente, puede expresar la conciencia de tal transición, pero no demuestra su existencia. Corrientemente, ¿a qué se refiere la posmodernidad? Aparte de la generalizada sensación de estar viviendo un periodo de marcada disparidad con el pasado, el término, evidentemente significa al menos algo de lo siguiente: que hemos descubierto que nada puede saberse con certeza, dado que los preexistentes fundamentos de la epistemología han demostrado no ser indefectibles; que la historia está desprovista de teleología, consecuentemente, ninguna versión de progreso puede ser defendida convincentemente; que se presenta una nueva agenda social y política con una creciente importancia de las preocupaciones ecológicas y quizás, en general de nuevos movimientos sociales”. Giddens (1999: 52). Este autor plantea que todas estas características de la posmodernidad se encuentran ya presentes en la modernidad y es por ello que opta por hablar simplemente de una modernidad radicalizada; sin embargo, el acento que pone en la sensación que esta distinción de época genera en los sujetos permite que, al menos en términos de imagen y sensación, la distinción valga la pena de ser retomada. Ahora bien, en términos organizacionales, es evidente que entre el tipo de organizaciones homogeneizadoras de los primeros dos tercios del siglo xx y las organizaciones surgidas en el último tercio de ese siglo, sí hay diferencias netas que deben ser rescatadas y señaladas, por lo que, para el caso de las modalidades de la participación política, el término de posmodernidad resulta útil y preciso para identificar época y tipo de organización y participación política y social.

organizativas, en las cuales se rescata el valor y la autonomía individuales tanto como la capacidad de tránsito y la movilidad individual.

Frente a las formas adscriptivas de las modalidades de la participación política de masas, ahora en la posmodernidad, la participación política se ha tornado en una participación decidida a voluntad, parcial, con temporalidades revocables, que cuestiona las modalidades adscriptivas de las viejas formas de organización, en donde, una vez que se había ingresado, el principio de lealtad y pertenencia resultaba de muy difícil disgregación, lo cual plantea también un símil con las modalidades de matrimonio presentes en la sociedad occidental a lo largo de buena parte del siglo XX (Giddens, 1998).

Sin embargo, es evidente que a lo largo del último tercio del siglo XX apareció un nuevo tipo de sujeto que ha encarnado estas transformaciones y las ha llevado adelante: el ciudadano. En palabras de Rubio Carracedo, este ciudadano:

...ha podido resolver satisfactoriamente las tensiones entre pertenencia y participación. En efecto, la ciudadanía compleja es la que atiende adecuadamente a una triple exigencia: a) iguales derechos políticos fundamentales para todos los ciudadanos, lo que implica una política universalista de integración de tales mínimos comunes irrenunciables; b) derechos diferenciales de todos los grupos, mayoría y minorías que componen la estructura organizativa del Estado, lo que implica una política de reconocimiento tanto en la esfera privada, como en la pública; y c) condiciones mínimas de igualdad para la dialéctica o diálogo libre y abierto de los grupos socioculturales, lo que conlleva una política multicultural que incluye disposiciones transitorias de discriminación inversa, así como la prevención estricta de toda desviación homogeneizadora o asimilacionista en la cultura hegemónica (Rubio Carracedo, 2000: 28).

En este contexto, y si se exploran los cambios que los sujetos han vivido e incentivado, es evidente que analizar los cambios que la participación política ha experimentado en los últimos decadas permite obtener una mirada que dé luces sobre el porqué del descrédito en que han caído las modalidades organizativas y las formas de participación política típicas de la modernidad de los dos primeros tercios del siglo XX. En este artículo se propone un recorrido a través de las características de la participación política y las organizaciones de la modernidad y tales características se apuntan como distintas para la época de la posmodernidad.

El hablar de posmodernidad o reflexionar sobre sus peculiaridades y contenidos nos remite, por fuerza, a plantear que, en tanto pos-, es efectivamente un algo que se presenta después de otro algo, del cual es diferente, pero del que se presupone, de donde es su necesaria y lógica continuación. Así, el hablar de posmodernidad obliga a aclarar, en primer término, qué es lo que se está entendiendo por modernidad y, de esa manera, poder precisar en qué consiste lo que la hace diferente y al mismo tiempo su necesaria continuación. Diferencia y continuidad son temas que posibilitan la clarificación de algo respecto de sí mismo para identificar los cortes y rupturas que hacen la diferencia, puesto que la catalogan como ulterior. Identificar los puntos de continuidad es útil para tener presente las nociones de devenir y desarrollo, en virtud de que dicho proceso no rompe con el apelativo básico que permite su identificación.

Lo moderno y la modernidad no son sino adjetivos que, al calificar algo, pretenden diferenciarlo y con ello establecer una distinción que atañe al sustantivo, y lo moderno es un adjetivo de hombre y sus creaciones culturales. No es por ello raro encontrar que el término moderno derive de la palabra modo, esto es, la manera o género de algo (Corominas, 1983: 399). Ahora bien, si lo moderno atañe a la manera en que determinados hombres califican haceres culturales para diferenciarlos de otras modalidades de cultura, el vocablo moderno implica una diferenciación, lo moderno es distinto de lo que no es moderno y ese otro que no tiene esta cualidad es lo que es antiguo. Moderno-antiguo es una primera dicotomía diferenciadora de carácter temporal.

El concepto de moderno parece implicar una autorreferencia: los modernos efectivamente han empleado ese término para designarse. Pero la autorreferencia de ese concepto no lo convierte en más independiente que los otros conceptos historiográficos. Los modernos se designan con este término, pero en contraposición a los hombres que pertenecen a otras épocas (Viano, 1989: 175).

De esta forma, si lo moderno es diferente a lo antiguo y lo posmoderno es igualmente distinto a lo moderno, moderno, antiguo y posmoderno no dejan de ser adjetivos que pretenden mostrar maneras disímiles de hacer cultura. Sin embargo, esos adjetivos son significativos, sobre todo moderno y posmoderno, ya que implican autorreferencias, las cuales están cargadas de un contenido que pretende mostrar una distinción respecto de las modalidades culturales de las que intentan alejarse.

Los antiguos son antiguos porque así los calificaron los modernos, no porque se definieran a sí mismos como tales; los modernos, por el contrario, sí se autodenominaron como tales y contaron con la antigüedad como referente distintivo, designándola a ella como tal, inventándola como diría O' Gorman, y concibiendo también la modernidad para ellos.

Crear la modernidad y la antigüedad como un ejercicio intelectual, además de presuponer un proceso clasificatorio impone un ejercicio de la creatividad cultural. Inventar un mundo moderno, diferente del antiguo, que pueda ser considerado como efectivamente distinto, significa la carga de erigir una cultura que no sea identificable con la de la antigüedad, esto es, los hombres que se autodefinieron como modernos evidencian una conciencia de la diferencia y, contar con una referencia inventada como la antigüedad, los obligó a trazar una ruptura con la tradición. Si lo moderno es diferente de lo antiguo, lo moderno no es la continuación de lo antiguo y esa toma de distancia es justo el reconocimiento de que el lazo que une a ambas culturas ha sido cortado, que ese cordón umbilical se ha roto, que se aspira a una mayoría de edad propia; que los modernos al auto-definirse como tales se embarcan en una aventura que sólo puede ser concebida por sus creaciones culturales, que renegando de lo antiguo no encuentran más límites sino los que ellos se imponen. Romper con la tradición es abandonar los marcos de lo seguro y lo establecido por la costumbre, innovar como obligación y no como acto fortuito, ésa es la tarea que los modernos se autoimpusieron al autodefinirse como tales.

Crear el mundo moderno, instaurar una cultura de la modernidad, identificar las particularidades exclusivas e intentar diferenciarse del mundo y la cultura precedente es apostar a lo nuevo, a la innovación, es buscar construir un mundo que no esté atado a los parámetros de las culturas de las cuales se intenta tomar distancia. Y quienes se propusieron esa aventura fueron los hombres de Occidente, los europeos, aquellos que al crear una civilización⁴ moderna basada en la innovación tuvieron que pensarse a sí

⁴ El concepto de civilización es utilizado en el sentido que Braudel le otorga en *Las civilizaciones actuales*: “el concepto de civilización es, en efecto por lo menos doble. Se refiere tanto a los valores morales, como a los materiales” (1991: 13). Más adelante puntualiza: “una civilización no es, pues, ni una determinada economía ni una determinada sociedad, sino lo que persiste a través de una serie de economías y sociedades y lo que se deja desviar a duras penas. Por lo tanto una civilización sólo puede ser alcanzada en el tiempo largo, en la larga duración. De hecho, una civilización está constituida por lo que en el curso de una historia tumultuosa, muchas veces tempestuosa, un grupo de hombres ha conservado y transmitido, de generación en generación, como su bien más preciado” (p. 42).

mismos, también como nuevos y bajo parámetros que necesariamente fueron inventados y creados por ellos, pero, a diferencia de otras civilizaciones, de manera crítica, consciente y racional.

El mundo moderno tiene muchas claves para ser descifrado y comprendido, una de ellas es, sin dudas, el de la libertad y por ello Braudel señala “la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, de 1789, permanece como una fecha fundamental en la historia de la libertad y en la génesis de la civilización europea” (1991: 288). Aquí es claro cómo para Braudel libertad y civilización europea corren de la mano, toda vez que esa civilización europea tiene su génesis en la Revolución Francesa, el mundo al que alude es precisamente aquel que fue denominado como moderno por sus propios actores.

Jürgen Habermas propone que “fue Hegel el primer filósofo que desarrolló un concepto claro de modernidad... Hegel empieza utilizando el concepto de modernidad como concepto de época: la ‘neue Zeit’ es la ‘época moderna” (1989: 15). Así, si recurrimos a las *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* encontramos que Hegel define que “la dificultad subjetiva de la historia moderna consiste en que nosotros mismos somos esta materia y, por consiguiente, carecemos de imparcialidad” (1974: 567).

Tenemos aquí entonces que la modernidad, el mundo moderno y más aún los hombres modernos reflexionan sobre su propia civilización y encuentran que su creación aparece como un producto del que distanciarse es extremadamente problemático, pero que simultáneamente reconocen como diferente del de los mundos anteriores. El mundo moderno es distinto y para Hegel éste resulta del mundo germánico y por ello dirá “el principio de la edad moderna, hemos llegado al tercer periodo del mundo germánico y entramos por consiguiente, en el estadio del espíritu que se sabe libre” (1974: 657). De nueva cuenta encontramos aquí el planteamiento en torno a la libertad ya antes señalado por Braudel.

La libertad es, pues, una de las claves con las que los modernos identifican a su propia civilización. Autores como Cerroni plantean

...parece perfectamente evidente que el rasgo constitutivo y diferencial de la libertad moderna es su carácter jurídico. Desde este punto de vista, la libertad moderna es profundamente diferente de otras formas históricas de libertad... Esta positivización y mundanización de la libertad están históricamente ligadas a la aparición del Estado representativo moderno, expresión institucional de una sociedad en la que las actividades individuales están todas igualmente inmersas en la vida civil, en el afán cotidiano (Cerroni, 1972: 11 y 13).

Tenemos pues que esa libertad se encuentra vinculada a modalidades específicas para su ejercicio y también a instituciones que posibilitan su acción.

El mundo de la modernidad construye su espacio social, específicamente como un ámbito diferenciado, en donde prácticas e instituciones sociales adquieren modalidades que aun y cuando son continuidad de lo precedente significan rupturas en el modo, tal que permiten una diferenciación.

A su vez, Marx en el *Manifiesto del Partido Comunista*, al hacer el elogio a la función revolucionaria y creadora de la burguesía, como bien anota Schumpeter,⁵ realiza un enorme reconocimiento a la labor civilizadora de la burguesía y, por otra parte, asimila modernidad a capitalismo cuando escribe:

...la moderna sociedad burguesa que se alza sobre las ruinas de la sociedad feudal en el corto siglo que lleva de existencia como clase soberana, la burguesía ha creado energías productivas mucho más grandiosas y colosales que todas las pasadas generaciones juntas. Basta pensar en el sojuzgamiento de las fuerzas naturales por la mano del hombre, en la maquinaria, en la aplicación de la química a la industria y la agricultura, en la navegación de vapor, en los ferrocarriles, en el telégrafo eléctrico, en la roturación de continentes enteros... ¿quién, en los siglos pasados pudo sospechar siquiera que en el regazo de la sociedad fecundada por el trabajo del hombre yaciesen soterradas tantas y tales energías y elementos de producción? (Marx y Engels, 1974: 73 y 77).

Es claro que para Marx las realizaciones materiales de la burguesía son indiscutiblemente un proceso continuo de avances tecnológicos que, gracias a formas específicas de articulaciones para la producción, han construido, sin lugar a dudas, un mundo distinto de aquel con el cual rompió. Así, tenemos un elemento más, esta vez los valores materiales, para ir completando nuestro esquema de civilización moderna.

Avancemos ahora sobre una tercera clave para entender a la civilización moderna. Schumpeter en su texto ya referido y en el capítulo llamado “la civilización del capitalismo” manifiesta que “la práctica capitalista convierte la unidad del dinero en un instrumento del cálculo racional del costo-beneficio, con el que se construye el grandioso monumento de la contabilidad por partida doble” (Schumpeter, 1983: 171) y añade: “la actitud

⁵ Cf. Schumpeter (1983), en especial la primera parte del tomo I.

racional penetra ante todo a causa de la necesidad económica... toda la lógica se deriva del modelo de la decisión económica. El modelo económico es la matriz de la lógica” (Schumpeter, 1983: 170).

Esta nueva racionalidad del costo-beneficio implica una modalidad de relación entre los hombres distinta, toda vez que, para desplegarse, ella requiere de un medio social de competencia y libertades, el costo-beneficio contribuye a fundamentar y a ampliar la noción de individuo al romper viejas y tradicionales formas de solidaridad y mecanismos de cohesión sociales que, al oponerse a la competencia individual, resultan poco ventajosos o de escasa rentabilidad. Criterios, estos últimos, que se desprenden, precisamente de la lógica contable de matriz capitalista en la que se fundamenta una nueva forma de relación societal.

En cuarto lugar, y otra vez siguiendo a Schumpeter “el capitalismo naciente ha producido no sólo la actitud mental de la ciencia moderna, actitud que consiste en plantearse ciertas interrogantes y procurar contestarlas de una manera determinada, sino que ha creado también a los hombres y los medios” (1983: 172). En los pasajes que fueron citados con anterioridad, Marx marcaba la vinculación de la ciencia con la producción y ahora Schumpeter resalta la diferente actitud mental y social que el capitalismo genera para poder hablar de una ciencia moderna.

En consecuencia, tenemos que la civilización moderna ha construido su mundo sobre cuatro pilares básicos; la libertad, el Estado, la racionalidad costo-beneficio y la íntima vinculación de la ciencia y la tecnología. Los cuatro como modalidades específicas de una nueva época, los cuatro como elementos que en su articulación dan cuenta del mundo moderno. El aporte de los hombres de la modernidad radica, justamente, en vincular la libertad al Estado por medio del derecho, en ligar la ciencia a la producción a través de la tecnología. Articular libertad y producción por medio del concepto de propiedad privada y enlazar libertad, Estado y producción con la racionalidad de costo-beneficio mediante la competencia.

Esta matriz del mundo moderno y sus articulaciones crean las condiciones para que la civilización que en ella se desarrolla requiera de innovar para existir. Buscar nuevos límites, puesto que los de las sociedades de las que se intenta desprender le resultan estrechos y poco útiles. La tradición es un obstáculo a la lógica de la civilización moderna.

Innovar y crear lo nuevo como tarea del mundo moderno conlleva un para qué y la respuesta fue concretada por el propio Kant cuando concluye que:

...el género humano se ha mantenido siempre en progreso, y continuará en él, lo cual, si no limitamos nuestra mirada a lo que acontece en un pueblo cualquiera, sino que la esparcimos a todos los pueblos de la tierra que irán participando, uno tras otro, en ese progreso, nos abre la perspectiva de un tiempo ilimitado (1981: 110).

De esa manera Kant establece con suma claridad lo que constituyó la gran promesa del mundo moderno, un progreso constante y un mundo ilimitado. La modernidad se plantea a sí misma y es interpretada por sus grandes hombres como un mundo ligado al progreso, recordemos también a Marx que, al alabar a la burguesía, reconoce el progreso que ha significado este mundo de la modernidad en el largo transcurrir de la historia humana.

Por lo demás, resulta lógico que la idea de progreso se relacione con la idea de cambio, mismo que es superación de lo anterior, esto es, la mejoría es el recurso que directamente legitima ese cambio, el progreso es así un cambio “hacia mejor”. Es decir, el mundo de la modernidad encuentra su justificación en los logros que puede alcanzar, en el progreso al que se puede arribar, el presente se sustenta en un futuro que aparece como proyectado y posible de ser alcanzado. El proyecto valida al presente y lo justifica, en la medida en que es un momento necesario del *progreso*.

La idea de progreso es un elemento básico y complementario a la racionalidad costo-beneficio. En razón de que esta racionalidad busca la utilidad y el progreso es asumido como una mejoría, si la utilidad representa una mejoría, la articulación de ambas posibilita construir una idea de futuro en la cual, la noción del cambio es introducida como algo que es distinto, pero además es un estadio superior y, por tanto, deseable, esto es, que la innovación se justifica por ser mejor. El futuro, visto en términos de progreso, adquiere no sólo una dimensión temporal, sino que es asumido como un estadio deseable, alcanzable y superior al presente.

Ahora bien, esta idea de progreso y futuro promisorio ha sido puesta en duda por las más diversas vertientes analíticas, baste recordar al propio Marx que, sin renunciar a la idea de progreso, cuestiona el progreso de la modernidad, reivindicando un giro de esa civilización en el socialismo; o a Spengler que, en su oposición entre cultura y civilización, señala la decadencia de la cultura occidental, caracterizada por él como fáustica; amén de la crítica sustantiva de Nietzsche de rechazo a la sociedad y de recuperación del sendero nihilista como alternativa de vida. Son muchos más lo que han ensayado sus armas y argumentos contra el mundo moderno, pero en todos ellos ha persistido, de una u otra forma, la matriz de éste,

la articulación del presente con el porvenir, es decir, la subordinación del presente, del aquí y el ahora, al futuro, llamado a realizarse indefectiblemente por la acción y el empeño del presente. Domeñar el porvenir por el quehacer cotidiano del presente.

Tenemos ahora, sin embargo, que la lógica de la modernidad ya no resulta satisfactoria para la comprensión, captación o representación del mundo contemporáneo y esto es así porque éste, en su constante cambio y transformación, dio origen a un mundo distinto de sí mismo, generó al de la posmodernidad.

El primer cambio de gran envergadura al que es enfrentado el mundo de la modernidad es que esas ideas de futuro y progreso han tendido a disociarse, el futuro no necesariamente entraña un progreso, la promesa de un mundo mejor no tiene por qué verse cumplida. Pero, sobre todo, la noción de progreso, que fue marcada por una unidireccionalidad en el devenir histórico, constituyéndose Hegel y Marx en dos de los más claros exponentes de esa filosofía de la historia, ha sido mostrada por la realidad como incoherente, puesto que futuro y progreso no pueden ser ya concebidos como una díada indisoluble. Las ideas de futuro y progreso han recobrado su autonomía y en el mundo de la posmodernidad no tienen por qué ser pensadas como unidad homogénea y, lo que es más, no pueden ser concebidas como díada.

En materia política, la modernidad tiene como marco necesario la conformación de los estados nacionales, para que en ellos se efectúe el desenvolvimiento de derechos del hombre y el ciudadano, y, como progresiva consecuencia de ello, la participación política de crecientes núcleos poblacionales que acceden a las categorías ciudadanas, conformando así estados-nación que en la modernidad actúan internamente bajo los paradigmas democráticos. Tal es así que Karl Deutsch, en su ya clásico manual *Política y gobierno*, plantea:

...claramente, lo que está cambiando la política del mundo es una transformación de la apatía a la participación de las masas. La política antigua, medieval y aun la absolutista del siglo XVIII, se basaba en la participación de 1 a 10% de la población. En Europa Occidental, durante la primera mitad del siglo XIX, sólo 10% de los adultos de un país podía votar... Para fines del siglo XX, más de tres cuartas partes de los adultos de los países más desarrollados del mundo, o sea, más de la mitad de su población total, serán políticamente relevantes. Este cambio hacia una mayor participación está actualmente en proceso; ya ha transformado la naturaleza de la política y engendrado grandes esperanzas y nuevos peligros (1976: 85).

Así es como, en materia política, la modernidad se materializa en cierto tipo de prácticas que de manera progresiva van facilitando y articulando una creciente participación política. La modernización política es entendida como una tendencia en la cual una proporción cada vez mayor de la población pasa a formar parte de la comunidad política, esto es, de la colectividad que, para decirlo con los términos de Deutsch, es políticamente relevante.

Como ya definimos, esta modernización política encuentra en la conformación de los estados nacionales el marco jurídico político necesario para operar. Los elementos que posibilitan la participación de grupos, cada vez más numerosos, en las actividades de corte político, sólo ocurren en la organicidad de una entidad administrativa que posea las características del Estado-nación moderno, Karl Deutsch dice, “una nación es, entonces, un pueblo que ha obtenido control sobre algunas instituciones de coerción social, lo que eventualmente conducirá a una nación-estado completa” (1981: 22-23).⁶

⁶ El mismo Deutsch más adelante en su texto señala: “cuando se ha construido una nación, y cuando ha sido reforzado finalmente por el poder compulsivo completo del Estado, se han logrado cuatro cosas.

1. Se ha creado una comunidad relativamente grande de seres humanos que pueden comunicarse efectivamente entre sí, y que controlan suficientes recursos económicos para mantenerse y para transmitir esa capacidad de comunicación recíproca a sus hijos. En otras palabras, se ha creado una red humana de comunicación grande, comprensiva y muy estable, capaz de mantener, reproducir y desarrollar aún más sus canales.

2. Ha habido una acumulación efectiva de recursos económicos y una movilización social de la fuerza de trabajo suficiente para permitir la división social del trabajo necesaria para el surgimiento y la continuación de ese proceso.

3. Se ha dado una acumulación e integración social de recuerdos y símbolos y de facilidades individuales y sociales para su preservación, transmisión y recombinación, correspondientes al nivel de movilización e integración de recursos materiales y humanos, o aun superiores a dicho nivel.

4. Ha propiciado por lo menos cierto desarrollo de la capacidad para reorientar, reasignar, o formar una nueva combinación de recursos económicos, sociales y humanos, al igual que de símbolos y elementos de conocimiento, hábito o pensamiento, es decir, de la capacidad de aprender. Una parte de la capacidad de aprendizaje social se desarrolla invisiblemente en las mentes de los individuos; una parte puede observarse en los hábitos y los patrones de cultura prevalentes entre ellos; por último, una parte se incorpora a las facilidades tangibles y las instituciones específicas. En conjunto, todo esto constituye la capacidad de la comunidad para producir y aceptar conocimientos nuevos o metas nuevas, y para realizar la acción correspondiente.

En los cuatro sentidos la nación representa una organización más eficaz que la sociedad supranacional que la precedió” (1981: 40).

Esas instituciones de coerción social que constituyen al Estado-nación, permeado y redefinido por la participación del ciudadano, nos permiten pensar la modernidad política como un proceso en el cual el elemento activo de la ciudadanía adquiere un carácter distintivo y creativo, puesto que las modalidades con que se expresa esa tendencia a la participación la dota de matices por demás innovadores. De ahí que Cerroni defina la *centralidad del sufragio universal*⁷ en el mundo de la política correspondiente a la modernidad.

La participación política a través del mecanismo básico del voto presupone todo un entramado institucional y cultural que solamente está presente en el mundo moderno y es eso lo que afirma el mismo Cerroni al establecer:

...en realidad, toda la historia europea moderna es, en el plano político, historia de la transformación de los estados nacionales independientes estructurados en un sistema representativo. Desde el punto de vista de las instituciones es, en efecto, historia de la unificación nacional, de la independencia estatal, de la introducción de las instituciones representativas (constitución formal, parlamentos elegidos, sufragio difuso): tres procesos impensables e imposibles sin el derrumbe del sistema político social feudal y sin el advenimiento del sistema llamado burgués capitalista, basado en la producción mediante cambio... Las tres características distintivas del sistema político moderno (nacionalidad, independencia, representación) pueden, pues, presentar tiempos históricos diferentes de coordinación, constituyendo, sin embargo parámetros fundamentales para la diferenciación de cada sistema político moderno. Ello significa que la ausencia de una de esas características constituye un signo de "defectuosa" del sistema y que sólo la comparecencia de las tres señala que se completa de manera "regular" el proceso de modernización política (Cerroni, 1991: 17 y 22).

Ese mismo sentido adquiere para Huntington el concepto de modernidad política, pero a diferencia de Cerroni, la "defectuosa" constituye un elemento para la medición y la comparación. No obstante ello, existen coincidencias fundamentales dignas de ser resaltadas, Huntington dice al respecto:

...los aspectos más importantes de la modernización política pueden ser agrupados aproximadamente en tres amplios rubros. En primer término, la modernización implica la racional-

⁷ Cf. Cerroni (1991), en especial el capítulo III.

lización de la autoridad, el reemplazo de un gran número de autoridades políticas tradicionales, religiosas, familiares y étnicas por una única autoridad política secular, nacional. Significa la integración nacional y la centralización o acumulación del poder en instituciones legislativas nacionales debidamente reconocidas. En segundo lugar, trae aparejada la diferenciación de nuevas funciones políticas y el desarrollo de estructuras especializadas para ejecutarlas. Ciertas zonas de competencia particular quedan separadas del terreno político, y para desempeñar esas tareas surgen nuevos organismos autónomos, especializados, pero subordinados. Por último, la modernización política significa una creciente participación en política de grupos sociales de toda la comunidad. Esa participación ampliada puede acentuar el control del pueblo por el gobierno, como en los estados totalitarios, o bien el del gobierno por el pueblo, como en algunos estados democráticos. Pero en todos los estados modernos los ciudadanos se encuentran implicados en los problemas de gobierno, y son afectados por ellos en forma directa. Así, pues, las sociedades políticas modernas se distinguen de sus antecesoras por una autoridad racionalizada, una estructura diferenciada y la participación de las masas. Más que por cualquier otra cosa, el Estado moderno se distingue del tradicional por la amplitud con que el pueblo participa en política y es afectado por ésta en unidades políticas de gran envergadura, el aspecto más fundamental de la modernización política es la participación en esta actividad de grupos sociales de toda la comunidad y el desarrollo de nuevas instituciones políticas para organizar dicha participación (1992: 41-43).

Resulta claro que para Deutsch, Cerroni y Huntington, los elementos de la modernidad política se estructuran en torno a la nueva institucionalidad centralizada y centralizadora que es el Estado-nación y esa novedosa institución política cobra vida y sentido gracias a la participación política de numerosos y significativos grupos sociales, los cuales participan de la vida política influyendo y siendo influidos por esa participación.

Tenemos así que la vida política en las sociedades modernas constituye uno de los factores que definen a la civilización de Occidente, toda vez que involucra de manera directa a los individuos, en su calidad de ciudadanos, para articular procesos de una creciente socialización en la esfera de lo político, lo público. Por esta razón, la moderna institucionalización política y la diferenciación estructural que ella demanda requieren del despliegue de nuevas modalidades institucionales para dar cabida a la propia participación creciente de los grupos sociales, los cuales tienden a conformar nuevas formas organizativas para esa participación y para lograr que ésta alcance rangos de eficiencia que la conviertan en una acción social verdaderamente significativa y, por tanto, importante para dicha sociedad.

Participación política, mecanismos asociativos que la conduzcan y hagan eficiente, así como novedosas prácticas institucionales en las cuales se enmarque esa participación política, exigen un tipo de hombre moderno, distinto del hombre tradicional.⁸ Este hombre moderno que se afirma en la posibilidad de la innovación, como ya ha sido afirmado con anterioridad, crea en la esfera de la política instituciones, prácticas y formas de hacer que resultan congruentes y necesarias a la nueva civilización de la modernidad, en la que ha empeñado sus esfuerzos desde hace ya tres siglos.

Nos hallamos ante una civilización moderna que se afirma en una doble encrucijada. En su evolución tiende a romper su entramado básico, tal es el caso de una sociedad que, al basarse en una noción atomizada de los productores y afirmarse en la propiedad privada, sustenta y da cuerpo a la concepción de individuo y sus manifestaciones jurídicas como persona moral y también en su representación jurídico-política como ciudadano, al tiempo que la participación política para adquirir rangos de eficiencia obliga a la asociación. Esto es, la civilización moderna crea, necesariamente, dos ámbitos discursivos para los hombres, el del mundo de lo privado, de lo particular, de lo íntimo y el ámbito de lo público, de la asociación, de lo político y esa disociación conlleva la obligación de transitar de uno a otro discurso, moverse en ambos y recuperar como experiencia individual el hacer colectivo, impregnando lo público de los reclamos de la individualidad.

Tan es así, que los discursos o metarrelatos, como los llama Lyotard, de la modernidad pretendieron dar respuestas de orden general e integrador, imponiendo un doble discurso tan típico del liberalismo, en el cual lo particular se realiza en lo general y donde la competencia es concebida como mecanismo regulador de lo privado y lo público. La formulación de la democracia representa la contestación, en lo político, a ese doble discurso que aparece como escindido, y que por este artificio de procedimiento pretende conciliar ambos ámbitos, adquiriendo la esfera de la política una necesaria connotación legitimadora de lo público con respecto de lo privado. Así, lo público está obligado a dar cuenta de las necesidades que surgen en lo particular y es justo por ello que se explica la importancia que la participación política alcanza en el mundo de la modernidad.

⁸ Cf. Huntington (1992: 40). "El hombre tradicional sólo esperaba continuidad en la naturaleza y la sociedad y no creía en la capacidad del individuo para modificarlas o cambiarlas. El hombre moderno, por el contrario, acepta la posibilidad de cambio y cree en su necesidad".

Ahora bien, esa civilización moderna, en su continuo proceso de cambio e innovación, lejos de resolver la disociación entre los ámbitos de lo público y lo privado ha tendido a separarlos y fragmentarlos cada vez más. Frente al mundo integrador de la tradición, la modernidad ha actuado para disgregar e integrar solamente fragmentos en ámbitos crecientemente disímiles. El hombre comunitario de las sociedades premodernas no aparece como un ser integral en las sociedades modernas, este individuo moderno es fragmentado y se integra a otros individuos, igualmente fragmentados, solamente en aquellos espacios en los que su interacción resulta complementaria. El individuo de la modernidad puede ser simultáneamente consumidor, productor, ciudadano, pariente, vecino, etcétera, estableciendo relaciones parciales en cada caso, sin que en ellas exista la posibilidad de una compenetración total e integradora.

Estas relaciones fragmentarias y fragmentadoras son a las que hace referencia Daniel Bell, cuando afirma:

...la sociedad no es integradora, sino separadora; los diferentes ámbitos responden a diferentes normas, tienen ritmos de cambio y están regulados por principios axiales diferentes y hasta contrarios. Considero más útil concebir a la sociedad contemporánea como formada por tres ámbitos distintos, cada uno de los cuales obedece a un principio axial diferente. Divido a la sociedad, analíticamente, en una estructura tecnoeconómica, el orden político y la cultura. Estos ámbitos no son congruentes entre sí y tienen diferentes ritmos de cambio; siguen normas diferentes que legitiman conductas diferentes y hasta opuestas (1989: 23).

Para Bell, los principios axiales de esos tres ámbitos son la utilidad y la productividad para el primero; la igualdad, la representación y la participación para el segundo; y la expresión y remodelación del “yo” para lograr la autorrealización para el tercero. Esos principios axiales constituyen ámbitos que tienden a la autonomización. Bell encuentra que la sociedad posindustrial se ha afirmado con la generalización del crédito, ya que por ese mecanismo ha sido factible la quiebra de la ética protestante de la postergación del placer (Bell, 1989: 33),⁹ tan significativa para Weber,

⁹ “La ética protestante fue socavada, no por el modernismo, sino por el propio capitalismo. El más poderoso mecanismo que destruyó la ética protestante fue el pago en cuotas, o crédito inmediato. Antes era menester ahorrar para poder comprar. Pero con las tarjetas de crédito se hizo posible lograr gratificaciones inmediatas... Cuando la ética protestante fue apartada de la sociedad burguesa, sólo quedó el hedonismo, y el sistema capitalista perdió su ética trascen-

pero que planteaba todavía una articulación congruente entre estructura tecnoeconómica y cultura. Más aún, permitía articular presente y futuro como una unidad secuencial, misma que es rota por la obtención del placer en el presente gracias a la masificación y democratización del crédito.

Si tenemos entonces que la propia noción de sociedad ha encontrado elementos de quiebre como instancia integradora, y ésta es entendida, por autores como Lyotard, solamente como juegos de lenguaje,¹⁰ resulta claro que se ha renunciado a concebir a la sociedad como un todo integrador y como un algo homogéneo orientado precisamente a uniformar y vincular a los individuos como un todo, a un espacio común de articulaciones y prácticas aglutinadoras.

Si, por el contrario, la sociabilidad se plantea en sus términos mínimos como juegos de lenguaje, y la comunicación por este medio satisface los vínculos para poder hablar ya de sociedad, es evidente entonces que la sociedad posmoderna, efectivamente, responde a las tendencias anunciadas por Bell respecto de sus factores disgregantes.

En estas condiciones, cabe preguntarse cuál es el sentido y la función de la participación política que, en tanto elemento constitutivo y definitorio de la modernidad, puede adquirir en una sociedad posmoderna—caracterizada por los grandes metarrelatos omnicomprendivos de las ideologías políticas—, los grandes planes y proyectos en torno a los estados nacionales, y más aún, las instituciones y las prácticas creadas para auspiciar, dar cause y posibilitar la participación política, pero que han entrado en una situación de cuestionamiento,¹¹ toda vez que ellas mismas son elementos que han dado sustento a una institución tal que en esta sociedad posmoderna ya no encuentra asidero posible, la del Estado-nación moderno.

Es así como, en el mundo contemporáneo, gracias al desarrollo de la sociedad posindustrial y su enorme desempeño tecnológico, al tiempo que hablamos de globalización de la economía, de las relaciones políticas a

dental. Queda el argumento de que el capitalismo sirve de base a la libertad, a la elevación del nivel de vida y a la superación de la miseria”.

¹⁰ Lyotard afirma “Se comprende ahora desde qué perspectiva se ha propuesto como método general de acercamiento el de los juegos de lenguaje. No pretendo que toda relación social sea de este orden, eso quedará aquí como cuestión pendiente; sino que los juegos de lenguaje son, por una parte, el mínimo de relación exigido para que haya sociedad” (1993: 37).

¹¹ “En la sociedad y la cultura contemporáneas, sociedad posindustrial, cultura posmoderna, la cuestión de la legitimación de los saberes se plantea en otros términos. El gran relato ha perdido su credibilidad, sea cual sea el modo de unificación que se le haya asignado: relato especulativo, relato de emancipación (Lyotard, 1993: 73).

escala mundial, de culturas híbridas, de fenómenos de transculturización y de interdependencia ambiental, comunicaciones instantáneas de todo tipo a cualquier parte del mundo, los individuos han sido fragmentados y las instituciones como los estados nación ya no son los receptáculos de las aspiraciones societales. En este sentido es que la modernidad ha encontrado un punto de quiebre en el que puede, desde su propia racionalidad, articular la triada individuo-sociedad-Estado.

La opción posmoderna para entender y comprender la fragmentación del mundo contemporáneo es válida en la medida en que permite dar cuenta del mundo del sujeto en su aislamiento y su particular ruptura y esquizofrenia cultural, mas sin embargo resulta insuficiente para responder a los retos producto de las nuevas formas de articulación selectiva, que han sido provocadas, inducidas y generadas por la estructura tecnoeconómica y que, de manera constante, inciden en las nuevas articulaciones intersociales, repercutiendo, también en los individuos y en sus propias expectativas y maneras de interrelación.

El mundo contemporáneo se encuentra ante un doble dilema: por una parte está la ruptura y la disgregación de los mecanismos y articulaciones societarias, propios de la modernidad y, por la otra, esa misma modernidad ha devenido formas cada vez más abarcentes de interpenetraciones de las relaciones, ya no sólo sociales sino intersociales, con afectación a los individuos en sus particularidades.

Tenemos pues, niveles crecientemente desagregantes de lo social y, simultáneamente, articulaciones cada vez más interdependientes en lo global. Esta aparente contradicción genera una mayor tensión en los actores sociales, en virtud de que implica mayores niveles de complejidad en el entramado de lo social, conjuntamente con formas progresivamente más abstractas de relación e interdependencia social. Lo social aparece como fragmentado y en un mismo espacio y tiempo como más vasto e interconectado.

En consecuencia, la participación política tiene que ser redimensionada, ya que los objetos discursivos (instituciones y expectativas de la modernidad) resultan insuficientes e insatisfactorios para los reclamos y necesidades contemporáneas. Por otra parte y dadas las múltiples fragmentaciones de los individuos, las instancias organizativas para la participación política requieren jugar papeles complejos, motivo por el cual, las identidades colectivas tienden a manifestarse como fragmentarias y con proyectos y discursos fragmentarios, pero insertos en articulaciones de gran envergadura.

Por ello, resulta por demás importante señalar que los marcos institucionales que sirvieron de referencia para la participación política en la modernidad ahora no son ya los únicos, pues, al lado de los estados nacionales, tenemos formaciones políticas de nuevo cuño como la Unión Europea, en donde coexisten estados nacionales federados, y donde muchas de las tradicionales competencias de los viejos estados nación han sido asimiladas a la Unión Europea y aunque los estados nacionales gobiernan de manera directa a sus poblaciones, lo hacen bajo las directrices de la Unión Europea y bajo la mirada escrutadora del parlamento europeo y ya no sólo bajo la del parlamento nacional. Pero, además, en este modelo ha habido un resurgimiento de los espacios de la vida local a través del fortalecimiento de las competencias de los gobiernos regionales y locales, en detrimento de la anterior e indiscutida preponderancia del gobierno nacional, de manera que los efectos de la descentralización administrativa y presupuestal han redundado en que las vidas comunitarias recobren parte de la antigua importancia que tuvieron en la Europa premoderna. Así, en la actualidad, en el marco institucional de las democracias europeas se ha presentado un nuevo fenómeno en el cual lo viejo está resurgiendo pero de un modo totalmente distinto, pues la vida municipal contemporánea de la Europa comunitaria no es la vida comunitaria o aldeana de la época premoderna.

No obstante, este resurgimiento de la vida comunitaria ha planteado nuevos retos a la participación política de los ciudadanos, pues es un gobierno próximo, integrado por personas a las que se conoce y con las que se puede dialogar; de ahí que la participación política encuadrada en los partidos políticos, como esquemas de participación de la época moderna, sea puesta en cuestión, al menos en este nivel de instancias de gobierno, ya que aquí la modalidad de negociación es puntual y la agenda pública se construye a partir de la resolución de demandas concretas, de manera que no es la participación partidaria la fórmula más adecuada para interactuar en este marco institucional. El partido político es el gran heredero de los metarrelatos y los discursos abarcales y en la medida en que la vida comunal está revistiendo una nueva importancia como instancia de solución de problemas, gracias a la descentralización de competencias y de presupuestos, tal modalidad organizativa y canalizadora de la participación política resulta obsoleta y poco eficiente. Frente a los partidos políticos surgen viejas y originales formas de asociacionismo ciudadano. Esquemas de organización en los cuales la atención de puntos específicos de la agenda pública posibilitan la formación de organizaciones *ad hoc*:

las mal llamadas organizaciones no gubernamentales, pues en realidad son organizaciones civiles,¹² son formas organizativas a través de las cuales mucha de la energía social encuentra vías de expresión y, además, su eficiencia organizativa es mayor y logran mejorar el cumplimiento de sus objetivos operativos. Las organizaciones civiles son una forma más amplia de participación política y social. Por medio de ellas la integración de la vida privada y la pública hacen del individuo posmoderno un ciudadano que encuentra que su individualidad y su publicidad están en posibilidad de preservarle sus particularidades individuales, al tiempo que se topa con modalidades de contratos limitados que no lo comprometen de manera eterna ni integral, sino que respetan su fragmentación y su especificidad como individuo posmoderno. Es a partir de las organizaciones civiles que las preocupaciones expresadas por Alain Touraine¹³ en *¿Qué es la democracia?* pueden contestarse con base en la formulación de Ernest Gellner¹⁴

¹² Para una mejor comprensión de esta distinción conceptual, véase Favela (2003), en especial el capítulo 1.

¹³ “Es preciso definir a la democracia ya no como el triunfo de lo universal sobre los particularismos, sino como el conjunto de las garantías que permiten combinar la unidad de la razón instrumental con la diversidad de las memorias, el intercambio con la libertad” (Touraine, 1999: 9). La respuesta de Touraine es todavía vaga, pues su propuesta va en el sentido de apuntar la respuesta en los movimientos sociales, sin rescatar, por tanto, formas organizativas en concreto.

¹⁴ “Lo realmente importante son las consecuencias de la modularidad. El hombre modular es capaz de participar en asociaciones e instituciones eficaces, sin que sean totales, multidimensionales, respaldadas por los rituales y estabilizadas mediante su conexión con un conjunto interior de relaciones, todas vinculadas entre sí y, por tanto, inmovilizadas. El hombre modular puede participar en una asociación limitada con un objetivo específico. Puede abandonar una asociación cuando no esté de acuerdo con una política sin que se le acuse de traición. Una sociedad de mercado funciona no sólo con precios cambiantes, sino con afiliaciones y opiniones cambiantes: no hay un precio justo ni una categorización correcta de los hombres, todo puede y debe cambiar, sin que se viole en absoluto el orden moral. El orden moral no está comprometido ni con un conjunto de roles y relaciones prescritas ni con un conjunto de prácticas. Lo mismo sucede con el conocimiento: las convicciones pueden cambiar, sin el menor estigma de apostasía. ¡Y aun así estos lazos o vínculos tan altamente específicos, no santificados, instrumentales y revocables son eficaces! Las asociaciones del hombre modular pueden ser eficaces sin ser rígidas. Esto es lo que hace la sociedad civil: la constitución de vínculos eficaces pero flexibles, específicos e instrumentales. Depende ciertamente de una transición del estatus al contrato: significa que los hombres deben cumplir sus contratos incluso cuando no están ligados a un estatus ritualizado y a la pertenencia a un grupo. La sociedad aún es una estructura, no está atomizada, indefensa y supina y, sin embargo, es posible ajustar la estructura en cualquier momento y responde a criterios racionales de desarrollo. La modularidad del hombre es la respuesta a la pregunta ¿cómo puede haber instituciones o asociaciones de contrapeso que al mismo tiempo no sean también sofocantes? Gellner (1996: 99).

en su propuesta del *hombre modular*, expuesta en su texto *Condiciones de la libertad*. La participación política de la posmodernidad, al mismo tiempo que descubre nuevos marcos institucionales de actuación ha generado, por un lado, un nuevo tipo de individuo: el modular, y nuevas formas de asociación acordes a los sujetos sociales y marcos de actuación institucional actuales: las organizaciones civiles.

Por ende, la racionalidad costo-beneficio que impulsó una nueva modalidad de institucionalidad política propició la formación de un nuevo tipo de individuo, el modular, que ya no es el individuo del liberalismo, ni el sujeto-masa de los partidos políticos, sino un nuevo tipo de hombre responsable y participativo, que encuentra en las organizaciones civiles la forma *ad hoc* para expresar sus necesidades y reclamos y la satisfacción de las mismas, en la medida en que estas organizaciones resultan eficientes y eficaces. La posmodernidad ha construido una nueva institucionalidad y ha encontrado en la creatividad del hombre modular una forma inédita para la participación política que no es excluyente de las viejas modalidades, sino complementaria a ella, toda vez que el marco institucional posmoderno no ha abrogado del todo las viejas modalidades institucionales del Estado-nación. Lo posmoderno está imbricado con lo moderno, pero ya le está cambiando el sentido que tenía anteriormente de manera exclusiva. Sin duda, se trata de un momento de transición, en el cual lo posmoderno está generando sus propias formas de hacer, estamos presenciando el nacimiento de un nuevo momento civilizatorio y, como lo hicieron los modernos, los posmodernos requerimos de un elemento de autorreferencia y nuestro elemento de distinción es, como lo fue para ellos, la civilización de la cual estamos tratando de desprendernos. Así, el término posmodernidad es, con mucho, el más adecuado para este proceso de parto civilizatorio, ya que ésta no puede ser entendida sin los logros, avances e insuficiencias de la modernidad.

Bibliografía

Bell, Daniel

- 1989 *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (colección Los Noventa, núm. 6), México.

- Braudel, Ferdinand
 1991 *Las civilizaciones actuales*, Rei, México.
- Cerroni, Umberto
 1972 *La libertad de los modernos*, Martínez Roca, Barcelona.
 1991 *Reglas y valores en la democracia*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (colección Los Noventa, núm. 80), México.
- Corominas, Joan
 1983 *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*, Gredos, Madrid.
- Deutsch, Karl
 1976 *Política y gobierno*, Fondo de Cultura Económica, México.
 1981 *Las naciones en crisis*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Favela, Alejandro
 2003 *Organizaciones civiles. Una propuesta para lograr su consolidación*, Plaza y Valdés-Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa-CEDIOC, México.
- Gellner, Ernest
 1996 *Condiciones de la Libertad, la sociedad civil y sus rivales*, Paidós, Barcelona.
- Giddens, Anthony
 1998 *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Cátedra, Madrid.
 1999 *Consecuencias de la modernidad*, Alianza Editorial, Madrid.
- Habermas, Jürgen
 1989 *El discurso filosófico de la modernidad*, Taurus, Madrid.
- Hegel, G. W. F.
 1974 *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Revista de Occidente, Madrid.
- Huntington, Samuel
 1992 *El orden político en las sociedades en cambio*, Paidós, Buenos Aires.
- Kant, Emmanuel
 1981 "Si el género humano se halla en progreso constante hacia mejor", en *Filosofía de la historia*, Fondo de Cultura Económica, México [1798].
- Lyotard
 1993 *La condición posmoderna*, Rei, México.
- Marx, Karl, y Federico Engels
 1974 *Manifiesto del Partido Comunista*, Cía. General de Ediciones, México.

Rabasa Gamboa, Emilio

1994 *De súbditos a ciudadanos, sentido y razón de la participación política*, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, México.

Rubio Carracedo, José

2000 “Ciudadanía compleja y democracia”, en Rubio Carracedo *et al.*, *Ciudadanía, nacionalismos y derechos humanos*, Trotta, Madrid.

Schumpeter, Joseph

1983 *Capitalismo, socialismo y democracia*, Orbis, Barcelona.

Touraine, Alain

1995 *Crítica de la modernidad*, Fondo de Cultura Económica, México.

1998 *Igualdad y diversidad*, Fondo de Cultura Económica, México.

1999 *¿Qué es la democracia?*, Fondo de Cultura Económica, México.

2000 *A la búsqueda de sí mismo, diálogos sobre el sujeto*, Paidós, Buenos Aires.

Viano, Carlo

1989 “Los paradigmas de la modernidad”, en *El debate modernidad-posmodernidad*, Punto Sur, Buenos Aires.

Artículo recibido el 23 de abril de 2003 y
aceptado el 7 de mayo de 2003